

EL MAR, MI SALVACIÓN

XXXXI EDICIÓN CERTÁMENES LITERARIOS J.JÁUDENES/MARQUÉS DE LA ENSENADA

Pseudónimo: TERESA

Categoría: tercera

Modalidad: narración literaria

El mar, mi salvación.

Esta historia es muy interesante y puede ayudar a mucha gente, es la relación de Teresa con el mar.

Teresa tenía muchos problemas con sus compañeros del colegio, le hicieron la vida imposible durante muchos años y paraban nunca. Además, la relación con sus padres tampoco era buena, la obligaban a ser la mejor, no la dejaban en paz, la presionaban demasiado... Ella utilizó todo lo que estaba en su mano para pedir ayuda, incluso llamó a la policía para pedir socorro pero no hacían nada, sus padres mentían y toda la gente creía que era la familia perfecta. Su vida era un infierno y había pensado en quitarse la vida, no tenía sentido, le haría un favor a todo el mundo.

Los únicos momentos de tranquilidad para su cabeza eran cuando se sumergía en los libros, libros de aventuras, libros fantásticos, libros románticos, todo lo que pasaba por sus manos, se lo leía. Era su forma de abstraerse del mundo, la llevaban fuera de la realidad que no comprendía, que no aceptaba y que no le gustaba.

Pero, sobre todo, le encantaban los libros relacionados con el mar y de cualquier tipo. Cuando el mar se enfurecía lo hacía también ella, si el mar estaba en calma, se relajaba. Cuando atardecía y el sol se escondía bajo el agua, se dormía. Al amanecer, con la fuerza del color rojo del sol, así le daba fuerzas para levantarse.

Como pasaba el tiempo y no era capaz de salir de su agujero, su familia decidió internarla en un centro psiquiátrico para que recibiese la ayuda de profesionales. Allí estuvo semanas y semanas enteras pero la adolescente no encontró ninguna persona a la que poder contar su vida, sus inquietudes, sus objetivos y sus metas. Sólo escuchaba: tienes que salir de esto, que no te importe lo que la gente diga, tú a lo tuyo, no hagas caso, etc. Ella ya sabía que tenía que hacerlo, que era la única manera de sobrevivir, pero no era capaz y nadie le entendía.

Una vez que se acabó su periodo de ingreso, justo al volver a casa, se enteraron que a su padre le cambiaban de trabajo y tuvieron que mudarse de país. Casualidad de la vida, por una vez Teresa tuvo suerte, la ciudad dónde se fueron a vivir estaba en la costa.

Era una población pequeña, con las casas típica de los pescadores, cada una pintada de un color y mirando todas al mar. Tenía una larga playa interminable, barquitos de pesca

atracados a lo largo del puerto y, a los lados, grandes acantilados dónde el mar chocaba contra las rocas haciendo agujeros y formas caprichosas.

Todos los días, después del colegio, se daba un largo paseo por la playa. Daba igual que fuese invierno o verano, se quitaba los zapatos del colegio y pisaba la arena mojada, e incluso, aunque el agua estuviese helada, metía los pies para sentir más cerca la fuerza del mar. Algunas veces hacía los deberes del colegio sentada en una roca mirando al mar y estudiaba los exámenes allí mismo. A ella le parecía que lo aprendía más rápido, estaba segura, como le daba paz y tranquilidad, podía concentrarse mejor.

Un día, explorando una zona por la que nunca había ido aún, observó a lo lejos que una chica, de su edad más o menos, estaba tumbada encima de una roca, en una cala muy escondida, estaba vestida y no se movía. Pasaron muchos minutos y seguía sin dar señales de vida, así que Teresa se preocupó y bajó desde lo alto del acantilado a ver si le ocurría algo. Menudo susto le pegó, se había quedado dormida, la chica se enfadó mucho porque le había molestado y salió corriendo huyendo y gruñendo. Vaya, se había preocupado para nada, qué antipática era chica y qué desagradecida.

Día tras día, Teresa repetía en ese mirador y día tras día encontraba a esa chica rara allí tumbada, respirando profundamente e inmóvil durante más de una hora. Qué extraño, pero no se atrevía a bajar de nuevo ni a dirigirle la palabra por si salía de nuevo despotricando. Hasta que, de repente, una tarde, la chica se levantó y fue caminando hasta llegar a su encuentro. Se sentó, no dijo nada y al cabo de un rato se marchó. Aparentemente era una joven normal, de su misma edad, con aspecto normal e incluso a Teresa le parecía muy guapa.

Durante varias tardes estuvieron haciendo lo mismo, no estaban incómodas con el silencio, tenían el rugir del mar que las envolvía y la compañía mutua les agradaba. Al cabo de unas semanas, Teresa llevó algo de comer y lo compartió con “su amiga silenciosa”, al cabo de más días, la chica le regaló un dibujo, justo la imagen que venía desde aquél acantilado en las bonitas tardes de atardecer. Y, un buen día, empezaron a hablar como si se conociesen de toda la vida, tenían gustos muy similares, compartían la afición por la lectura, por la pintura e incluso por las matemáticas. A las pocas horas eran amigas del alma, sólo con la mirada sabía lo que sentía la una de la otra y supieron que habían encontrado una persona en la que apoyarse y compartir sus inquietudes, sus miedos, las alegrías y las penas.

A día de hoy, Teresa y su amiga ya son ancianas y siguen siendo las mejores amigas, pero sólo, sólo se encuentran en lugares dónde tiene el mar cerca. El mar las unió, el mar les dio la amistad, el mar las sacó de su agujero.